

## GAS

La televisión refulgía su luz frente a León. En “Háblanos de tu tristeza” el invitado, un anciano con trazas de indigente, sollozaba a la presentadora que sus hijos no habían ido a verlo desde hacía treinta años. El comedor de León era iluminado débilmente por los destellos del televisor. A través de la ventana se veía el cielo añil de la noche y la luna en cuarto menguante flotando en lo alto como una guadaña luminosa. León acababa de llegar de trabajar, se había duchado y ahora se relajaba mientras la cena hervía en la cocina, viendo uno de esos programas que a todo el mundo parecían no gustar pero que a él le distendían por su ligereza y vacuidad, pues sólo requerían del televidente una porción mínima de su intelecto, exactamente la que le quedaba a él después de un extenuante día en el Laboratorio de Microbiología, en que tuvo que atender a multitud de periodistas, pues su prestigio aumentaba conforme los tanques de su laboratorio más cercaban con los cañones de sus microscopios los pasos de la bailarina del cáncer en su danza de muerte. Melisa hubiera estado a esa misma hora junto a él, apoyada su cabeza en su hombro, pero eso, desde hacía tres años, ya era imposible. La misma fuerza cósmica contra la que León luchaba sol tras sol la arrebató de su lado.

- ¿Y cómo explica usted un distanciamiento de tantos años por parte de sus hijos? –preguntó la presentadora al invitado.

- Son unos desagradecidos. Y malos, señorita. Fíjese si todavía les quiero que llevo tatuados todos sus nombres en el pecho –dijo el hombre mostrando a las cámaras su pecho en el que sorprendentemente no se veían tatuajes, sino cicatrices gruesas y largas como zarpazos de oso que lo recorrían desde el cuello al abdomen.

La imagen, que adquirió de pronto un inquietante tono rojizo, sanguinolento, se paralizó en la pantalla, que ya no proyectaba voz alguna. Desde la calle tampoco llegaba ningún sonido, como si sobre el mundo hubiera caído una frazada de silencio. El suelo vibraba leve, casi imperceptiblemente, y hasta el mismo aire parecía estremecido por una suerte de convulsión. A la par, León sentía todo su ser paralizado, rígido como una piedra, sintiéndose espectador mudo de dicha “quietud temblante” en la realidad, de un tembloroso instante crisálida que parecía disponerse a parir otro instante mariposa.

Lentamente comenzaron a llegar de nuevo los sonidos de la calle, lánguidos, espectrales. Y la retransmisión televisiva comenzó a acelerarse, como a cámara rápida. Los invitados iban y venían en el

programa y contaban sus historias con rapidez y voz como de chiquillos enloquecidos. Esa rapidez de las cosas no sólo se manifestaba en la televisión, sino también en el reloj de encima del aparato, cuyas agujas se deslizaban con más rapidez de lo habitual. Las aspas de las horas corrían con la celeridad con que gira el segundo. Y en unos minutos, que según el avance del reloj eran horas, la oscuridad que León percibía de la calle a través de la ventana se convirtió en claridad. ¡Había amanecido! Y ya el reloj giraba tan rápido que comenzó a pitar como una olla exprés, de forma cada vez más alta y punzante. Así León contemplaba horrorizado pasar con rapidez las horas en el reloj y afuera los días se sucedían en cuestión de minutos. Primero el crepúsculo vespertino y la noche oscurecían el comedor, con la luna colgada arriba, pero aquello duraba sólo un instante, hasta que la luna se alejaba como una hoja empujada por el viento, el sol subía con rapidez por el cielo y lo iluminaba todo para, minutos después, oscurecerse todo nuevamente. La sucesión de días y de noches se hizo tan rápida y violenta que León sólo percibía de reojo oscuridades y deslumbramientos como paletadas de luz y oscuridad arrojadas hacia su hogar por un gigante. Hasta que el pasar de los días fue tan rápido que sólo se percibía un cegador fognazo que entraba en el comedor desde la ventana, con gran luminosidad y desigual intensidad, a la par que las aspas del reloj giraban tan rápidas que sólo se percibía en él un círculo borroso humeante de chamusquina.

Esa escalofriante maravilla duró varias horas, que en la progresión de los días afuera debía tratarse de un tiempo real de años.

El fognazo que entraba por la ventana perdió progresivamente intensidad, emitiendo una luz cada vez menos fuerte y punzante y el reloj deceleraba su giro emitiendo un chillido menos estridente, hasta que todo se ralentizó de golpe, como si el edificio fuese un ascensor que hubiera subido a miles de kilómetros por hora a algún piso del futuro, o acaso del pasado, y los pisos (los días y las noches), al frenar la velocidad de su ascenso la casa, se viesan ahora con mayor claridad y definición. Afuera el día, y luego la noche, el día y la noche, el día... y la noche. Se mantuvo la noche ya y el reloj comenzó a girar de manera normal.

El televisor se apagó, sumiendo en total oscuridad el comedor.

En la puerta de entrada de la casa la llave de la calle entró limpiamente en la cerradura.

León sintió un terror ignoto y enfermizo. ¡Él vivía solo! ¡Y nadie de su familia ni amigos poseía llave de la vivienda!

Quien fuera que abrió la puerta de la calle entró en el domicilio y cerró la puerta tras él. Goterones de sudor frío surcaban las sienas del científico cuando comenzó a oír pisadas avanzando desde la

puerta de la calle, pero no pisadas de dos pies, sino de cuatro, caminando lento, muy lento. Primero se oían palmadas en el suelo y luego ruidos como de huesos golpeándolo. Eso hizo pensar a León que quizá se trababa de un ser humano que caminaba a gatas, con las palmas de las manos y con las rodillas. Los palmetazos en el suelo sonaban con lentitud y fuerza, como manotazos de morsa.

A mitad del pasillo el visitante se paró y se hizo el silencio, para ser éste brutalmente cortado por una ascensión de gritos horrorizados de bebés que provenían del techo del pasillo, como si unos cinco o seis bebés estuvieran suspendidos del techo y alguien estuviera descuartizándolos allí mismo. El corazón de León golpeaba su pecho con tanta violencia que el aire a duras penas entraba en sus pulmones. Los bebés chillaban como cerdos degollados. ¿Alguien estaba rajando sus cuerpos?! Y llegó otro sonido que se superpuso al de los gritos. Agua cayendo desde el techo del pasillo, como si se hubiera abierto un boquete en el techo, suelo ahora de algún río o mar, y éste estuviera cayendo con violencia en el domicilio. ¿Los bebés desangrándose? Los pensamientos conformaban remolinos incomprensibles en la mente de León cuando vio de reojo pasar pasillo hacia la cocina un río dorado, río de luz que atravesaba espectralmente la puerta cerrada de ésta, como de camino a algún mar de otro plano. La luz o el agua luminosa o la sangre luminosa, inquietantemente, no entraba en el comedor, ni una gota de ésta. Pero los bebés seguían chillando desamparados y ese denso y turbulento río de luz seguía cayendo con fuerza desatada.

Cuando el luminoso torrente adentró la última chispa de su estela en la cocina se hizo el silencio. Todo el cuerpo de León era un temblor de carne. Se dio cuenta de que, en su inmovilismo, balbuceaba como un loco, cayéndole de las comisuras de la boca una espesa baba burbujeante. Las aspas del segundero giraban con gran lentitud en el reloj, un “clac” cada dos o tres segundos que expandía su gélido eco por la casa. Y, con la misma lentitud, retornaron las pisadas de aquello que en el pasillo andaba a gatas, cada vez más cerca del comedor, y cuanto más se acercaba más se percibía un olor muy conocido e intenso, como a orilla de mar, a barco encallado en la costa... León recordó las teorías de Hern, según las cuales podría existir un espacio no-euclidiano, con más dimensiones que longitud, anchura y altura. Según Hern, en lo que conocemos como realidad existen lugares huecos, como las cavernas que agujerean la tierra o como los agujeros del queso suizo, donde todos, por circunstancias que desconocemos, podríamos caer o incluso entrar desde dicha dimensión algún ser o seres hacia la nuestra, como ahora podría estar ocurriendo en su casa.

Tales pensamientos, en los que no creía pero a los que la evidencia les daba espeluznante carta de veracidad, le produjeron un intenso mareo. Iba a perder el sentido. Todo daba vueltas.

Porque, en verdad, la casa estaba girando.

El domicilio giró con rapidez, como una atracción de feria, dejando a León sentado y suspendido del sillón, como succionado por él, cabeza abajo, viendo de reojo la luna en la parte baja de la oscuridad de la calle. Su casa había girado ciento ochenta grados. “Si todo ha girado, el visitante avanza por el techo”, pensó el científico, mientras la sangre bajaba a su cabeza, calentándola. Y de hecho se oían pasos gateando por la parte alta de la casa, como si al voltearse la vivienda, o el edificio entero, aquel ser hubiera caído como una araña inmensa al techo que ahora hacía las veces de suelo.

- ¡Baja a los bebés celestes de la corola! –exclamó en el pasillo una voz nasal y asexuada, de manera grave e imperiosa.

- Ya los bajé –contestó otra voz, ésta claramente femenina, dulce, alta y con muchos ecos.

- Si los bajaste, ¿entonces qué sigo viendo yo sobre la flor?

- El cielo.

León escuchaba aquel diálogo sumido en un violento estado de shock, al borde del desmayo.

Sonó una fortísima y alta campanada en el pasillo de la casa.

Y otra campanada, ésta de tañido más lento y duradero, tanto que su pitido final no parecía querer cesar y se convirtió en un silbido lejano de alguien tarareando *Imagine*, de John Lennon.

- ¡Se te escapó una del ángel! –chilló fuera de sí una voz infantil.

Se escuchó un batir de planchas de metal y se hizo de nuevo el silencio. Un fuerte aroma a rosas inundó la casa. León vio de reojo en el dintel de la puerta unas antenas negras largas como hierros de paraguas, que introdujeron su longitud en el comedor y a éstas les siguió el enorme y horripilante organismo de una cucaracha grande como un San Bernardo. El descomunal insecto caminó por el techo con rapidez hacia arriba de donde estaba sentado León cabeza abajo.

La cucaracha se paraba rígida como una estatua y luego proseguía caminando emitiendo con sus patas al rascar la pared chirridos escalofriantes, inspeccionando cada rincón del techo con sus finas antenas. A cada pasito dado por el insecto, dejaba tras de sí un vigoroso olor a flores, embriagador y tétrico a un mismo tiempo. En una de sus caminatas, el insecto deslizó su blando lomo por encima de la cabeza de León, despeinándolo y recorriéndole a éste un escalofrío y una sensación de repugnancia indescriptible.

- El corazón de la cucaracha es de hielo –pensó León con una certeza que le horripiló.

Y lo cierto es que el insecto había traído con él un frío punzante y fieramente envolvente, de catacumba.

Con un brusco giro el coleóptero se adentró de nuevo en el pasillo de la casa y desapareció de su vista.

Una niña.

Había una niña sentada en el sillón de la pared de la izquierda del comedor. Tenía la piel rosada, los ojos verde hierba, el cabello largo, arremolinado y azul sobre su cabeza, como corales brillantes que intentaban el vuelo, y llevaba un vestido verde constituido de tejidos vegetales. Pero expelía un hedor nauseabundo que inundó la estancia y se introdujo en sus pulmones como una marea de podredumbre, produciéndole náuseas espantosas. Era como estar sentado sobre una montaña de basura en medio de un vertedero.

- Soy la primavera –dijo la niña-. Dime tu flor preferida.

- Melisa –pensó León, y visualizó el rostro de su mujer.

Las paredes del comedor cayeron hacia los lados como compuertas de castillo, con estruendos altísimos. Ya la niña no estaba. Sólo León y, a su alrededor, el cielo estrellado en que no se veía ninguno de los edificios del barrio que antes rodeaba su casa. El frío era insufrible, un hielo extraterreno, terrorífico.

Estalló un gong y León notó cómo su cuerpo se desmembraba. La sensación era la de ser atraídos sus miembros desde los cuatro puntos cardinales. Un brazo era succionado hacia el este, el otro era atraído hacia el oeste, las piernas hacia otros puntos; y la cabeza era succionada hacia arriba. El científico notaba todo ello sin perder los sentidos. Sentía cada dedo de cada brazo, cada muslo de cada pierna, el frío helado en el pecho, y sin embargo cada parte de su cuerpo estaba ya a kilómetros una de otra. ¡Se sentía inmenso, kilométrico y, no obstante, unido! La sensación era desagradable en grado extremo. Y veía, veía claramente con los ojos de su cabeza separada y huérfana, que subía y subía en la oscuridad del espacio punteado de brillantes estrellas hasta que, consternado y llorando, vio cómo un ser angélico bajaba hacia él agitando sus grandes y frondosas alas blancas, cogía su cabeza con delicadeza entre sus chispeantes manos y la apretaba contra su plumoso y cálido pecho.

Ese ángel era Melisa, que ahora ascendía con su consternada cabeza, besando una y otra vez su frente. León sentía complacido sus besos y la miraba sonriendo, maravillado ante su hermoso rostro resplandeciente y amoroso. Cerró los ojos y se abandonó a la felicidad más sublime.

Noticia aparecida en el periódico *El Globo*, 12 de octubre de 2005

El conocido biólogo León Blanco, que sorprendió a la comunidad científica el pasado año con su descubrimiento de las “Barricadas de Enzimas Toro” contra el cáncer, falleció ayer día 11 de octubre al desmoronarse el edificio en que vivía a consecuencia de una explosión de gas butano. Al parecer el eminente científico preparaba la cena cuando una fuga de gas hizo estallar el inmueble. Siete vecinos más perecieron en la explosión, y otros tres permanecen en estado grave.

El entierro de Blanco se llevará a cabo hoy en la Capilla del Pilar, donde irán familiares y amigos. Sus restos descansarán en el Cementerio de la Almudena, en el panteón familiar donde ya reposa su mujer, Melisa González Ruano.